

LA NOVELA CINEMATOGRÁFICA
DEL
HOGAR

165



30
cts

TIM MAC COY
SHIRLEY GREY
EDICIONES BISTAGNE

**EL CICLÓN
TEJANO**

**La Novela Cinematográfica
del Hogar**

Publicación semanal de películas selectas

Director:

Año IV Francisco-Mario Bistagne Núm. 165

1932 TEXAS CYCLONE
EL CICLON TEJANO

Novela de amor y aventuras, interpretada por el
popularísimo TIM MAC COY, SHIRLEY GREY,
JOHN WAYNE, etc.

Es un film de la famosa marca

COLUMBIA

Distribuido por

LOS ARTISTAS ASOCIADOS

Rbla. Cataluña, 62

BARCELONA

Postal-regalo: MARITA ANGELES

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

EL CICLON TEJANO

Argumento de la pelicula

Un apuesto jinete avanzaba por los campos de Arizona. Muy cerca de uno de los pueblos que parecían dormitar bajo el abrasador sol del mediodía, un viejo cowboy le saludó.

—¡Adiós, Jim!

El caballero le contempló con cierta extrañeza, pero ya el otro hombre se había alejado.

Acariciando su blanco caballo, murmuró:

—Parece que me toman por otro, camarada.

Llegó al pueblo y apenas hubo descendido de su montura, oyó cómo otros dos vaqueros le contemplaban con cierto temor.

—Ese es Jim Róllins—decía uno.

—¿Estás loco?—respondía el otro—. Róllins murió hace cinco años.

—Pues es Rollins salido de la tumba.

El aludido se acercó y habló con gesto sonriente:

—Están ustedes equivocados, amigos míos. Ni soy Róllins ni vengo de la tumba.

—¿Pero de veras no es Róllins del Dismond R, desaparecido hace cinco años?

—Claro que no. Yo me llamo Grant... Texas Grant.

—Pues es usted la viva imagen de Róllins.

—Lo siento por Róllins, y ojalá haya sido un buen tipo... porque no me gustaría que me confundieran con algún vagabundo.

—No había hombre más honrado y leal. Su muerte fué muy sentida en el pueblo.

—¿Su muerte? Creí que había desaparecido.

—Desapareció hace cinco años; después supimos que había muerto.

—¡Ah, bien! Ahora comprendo por qué la gente se confunde... Otro vaquero me ha saludado antes que ustedes.

—¿No le han saludado a tiros?

—Por ahora, no.

—Tuvo suerte. Pues hay mucha gente que odiaba a Róllins.

—Por lo visto era un tipo interesante. Díganme algo más de él.

—Ya he dicho bastante.

—¿Quiere decir que aún hay aquí enemigos de Róllins?

—Algunos. Róllins hacía sombra a un tal Utah Becker, que es uno de los propietarios de por aquí.

—Muy interesante.

Los dos vaqueros, que eran buena gente, pronto demostraron gran amistad por el recién venido y quisieron enterarse de sus cosas.

—¿Viene usted a comprar ganado?

—No. Un viaje de placer. Vendí mi rancho en Texas... y ustedes saben... la atracción de tierras nuevas me hace cambiar de ambiente. Voy camino de El Cajón. ¿Está muy lejos?

—A unas diez leguas de aquí.

Los vaqueros hablaron algo en voz baja y uno de ellos propuso luego a Grant.

—¿Me haría usted un favor?

—Sí, puedo...

—Ya que va usted de paso, no diga que es Texas Grant... Que crean...

—Que soy Róllins, ¿no?

—Eso mismo. Y así dará usted miedo a todos los cuatreros que infestan la comarca y que nos roban el ganado.

—¿Tanto podía ese Róllins?

—No puede usted saberlo bien.

—Es un poco peligroso... pero, en fin, no tengo inconveniente. Siempre me perdí por las aventuras.

—Usted es una excelente persona y creo que llegaría a quererle tanto como a Jim.

Pero mientras estaba conversando con los dos vaqueros, varios de los ladrones de ganado le habían visto, y creyéndole realmente Róllins, hombre que sabía hacer cumplir exactamente la ley, le dispararon varios tiros.

Por fortuna ninguna de las balas dió en el

blanco, y los bandidos, viendo fallido su plan, se alejaron rápidamente, pero ello sirvió de aviso a Grant para comprender el grave riesgo que encerraba su semejanza con el muerto.

La agresión de que acababa de ser víctima atrajo allí a mucha gente, entre ella al comisario de policía, quien profundamente sorprendido reconoció también en el forastero a Róllins.

Como Grant debía estar allí poco rato, nada hizo éste para desvanecer aquel error, y aceptó que todos le considerasen como el desaparecido que había vuelto.

Iba ya a entrar en la fonda del pueblo, cuando vió llegar a un hombre de mala catadura, de aspecto dominador y severo.

—Ahí viene Utah Becker — le hizo observar uno de los vaqueros.

—¿Y ese Becker?

—Es una mala persona. Ha empeorado de carácter desde que usted se fué, Jim, y todavía jura matarle.

—Conque quiere matarme, ¿eh? No le daré tiempo para ello. Ya lo verán.

Satisfecho de aquel nuevo episodio que ponía interés en su existencia, vió cómo Becker se detenía ante él.

Sonriente, antes de que Becker pudiera decirle nada, le indicó:

—¡Hola, Becker! Todavía burlándote de la horca, ¿no?

—A ti no te creía vivo.

—Pues ya ves, vivito y... coleando.

—Creo que has hecho mal en volver
 —No corren por aquí buenos aires.. Silba
 un airecillo de plomo ¿Se repetirá?
 —Eso depende de ti. Dejaste muchas anti-
 patías.
 —Entre los bandidos, sí.
 —Entre mucha gente.
 —¿Y tú me avisas? ¿Es que tienes influen-
 cia sobre los ladrones?
 Becker le lanzó una mirada despectiva.
 —No admito tus reticencias. Pero un buen
 consejo te doy: que te largues cuanto antes.
 —No.
 —Pues no culpes a nadie de lo que pueda
 pasar. Te rociaré con plomo si tratas de me-
 terte conmigo.
 —Te agradezco el aviso.
 Mascullando tremendas amenazas se alejó
 Becker, y Grant, por un momento, pareció se-
 riamente preocupado.
 ¡En buen lío se había metido! Pero uno de
 los vaqueros le animó:
 —Perro que ladra, no muerde, Róllins. Son
 siempre cobardes.
 —Lo sé.
 En aquel momento llegó montada a caballo
 una bellísima mujer, rubia y delicada, Helen,
 la dueña del rancho Diamond R.
 Al ver a Grant dió un grito de emoción y
 corrió a estrecharle en sus brazos:
 —¡Jim! ¡Oh, Jim! ¡Esposo mío!
 —Pero, señora...
 Tan intensa había sido la alegría y la sor-

presa de la muchacha, que se había desvane-
 cido.

—¡Llévenla a casa! ¡Llévenla a casa, por fa-
 vor! — dijo una vieja doncella que la había
 acompañado.

Extraordinariamente conmovido, Grant la
 cogió en brazos y la llevó a un rancho que se
 levantaba no muy lejos de allí.

El buen mozo creía estar soñando Pero, Se-
 ñor, ¿qué significaba todo aquello? ¿Tanto se
 parecía a Róllins, que aun la propia esposa de
 éste le tomaba como a tal?

¡Oh, era eso de una importancia capital y
 había que impedir que la farsa continuase ade-
 lante! Por nada ni por nadie del mundo es-
 taba él dispuesto a engañar a una mujer.

* * *

Largo rato permaneció la bella mujer sin
 sentido. Junto a ella, Grant iba experimentan-
 do cordiales emociones, una dulce e inespera-
 da alegría de haber encontrado en tal lugar
 a criatura tan encantadora. Pero, sin embargo,
 quería desvanecer rápidamente aquel equívoco.

Y cuando al fin ella volvió en sí, Grant le
 dijo noblemente:

—Señora, debo decirle que yo no soy Jim,
 sino Texas Grant. Me parezco mucho a su
 esposo, pero, por mi desgracia, no soy él.

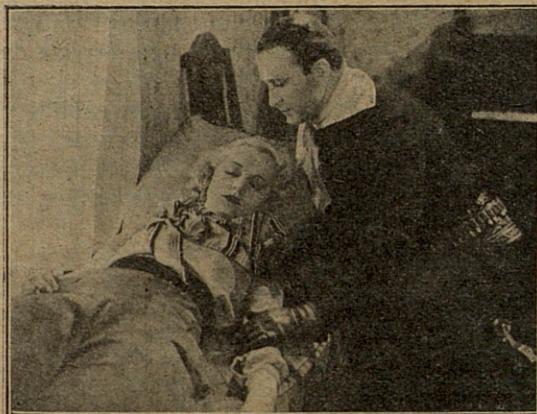
Ella abrió unos grandes ojos enormes.

—¿Pero de veras no es usted mi marido?
 —De veras no lo soy...

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Esto es como un
 milagro!

Y contemplaba con cierto miedo e incredulidad a aquel hombre, pareciéndole todavía imposible que no fuera él el marido ausente y desaparecido.

Después sintió un poco de vergüenza, recordando el beso aquel... Pero poco a poco fué calmándose, dominada por la sonrisa y la noble actitud de él.



Largo rato permaneció la bella mujer...

Apareció la doncella, quien tampoco podía creer que aquel hombre no fuera el señorito... Pero tuvieron las dos que convencerse al fin de aquella realidad.

Y poco a poco el forastero fué captándose la confianza de aquella joven a quien la desilu-

sión había vuelto a invadir el espíritu, como antaño.

¡Oh, si además de la semejanza física tuviera también aquel hombre una semejanza moral con el ausente! Grant, que era una buena persona, le demostró que estaba dispuesto a defenderla contra un mundo de enemigos que parecían aprovecharse de su debilidad y transigencias de mujer.

Al saber por boca de ella que le estaban robando continuamente importantes partidas de ganado, que siempre faltaban, la indignación levantó un altar en el alma del joven, quien se propuso defenderla llevado de un fervoroso deseo de justicia.

La doncella concretó todos los casos de robo.

—Y no dude usted de que se trata de Utah Becker, el propietario del rancho vecino, que quiere enriquecerse con el dinero de los demás.

—¿Y sus vaqueros no han conseguido detener a los ladrones?

—¡Ah, mis vaqueros! — murmuró con melancolía la dueña—. Son gente que yo creo están en su mayor parte a sueldo de Becker. Yo juraría que son de él.

—Voy a hablar con ellos, si usted me lo permite

—¡No faltaba más! Si usted quisiera ayudarme...

—Con alma y vida. Ayudar a una mujer... en un país donde las luchas son siempre entre hombres, es una cosa admirable.

—Muchas gracias.

Salió Grant acompañado de la vieja doncella, a quien dijo, al cabo de breves momentos de reflexión:

—Tengo una idea. Para asustar a esos vaqueros, me voy a hacer pasar por Jim Röllins.

—Me alegra de veras, señor... Si les infundiese miedo...

—Voy a verlos ahora mismo... y usted vuelve entretanto al lado de la señorita y explíqueme mi plan.

—Lo feliz que será cuando lo sepa.

Sonriente, con el aire del hombre que tiene un verdadero carácter de dominador, se dirigió al lugar donde estaban reunidos los vaqueros de la hacienda.

Les sorprendió en plena francachela a la hora del trabajo, y avanzó hacia ellos mirándoles airadamente.

Aquellos vaqueros no eran muy antiguos en el lugar, por lo que no habían conocido al verdadero Röllins, así es que no pudieron descubrir su semejanza.

—¿Quién es el que manda aquí? — preguntó.

Un sujeto de expresión feroz adelantó unos pasos.

—Yo soy el capataz. ¿A qué viene la pregunta?

—El capataz, ¿eh? Pues si es usted el capataz, ¿cómo permite que sus hombres estén holgazaneando?

—¿Y a usted qué le importa? ¡Vaya atrevimiento!

Los demás vaqueros se pusieron en pie, mientras algunos acariciaban ya sus revólveres.

—Me importa mucho. Soy el dueño del rancho: Jim Röllins.

—¿Jim Röllins?

Retrocedieron, sorprendidos, parpadeando de asombro.

—Usted está loco — protestó el capataz—. Jim Röllins murió hace cinco años.

—Pero algunas veces los muertos resucitan, y yo he resucitado. Conque me debéis obediencia, y jay del que no la acepte!

Le contemplaban desconcertados, convencidos de que aquel hombre que se expresaba con tanta firmeza decía indudablemente la verdad. Y el capataz y la mayoría de los vaqueros, que estaban en realidad a sueldo de Becker, comprendieron que aquel hombre iba a ser un adversario temible que les atacaría implacablemente.

—¿Cómo se llama usted? — siguió preguntando Grant.

—Nick Lóler—contestó en brusca forma.

—Pues, oiga usted, Nick Lóler... Durante mi ausencia, esto ha sido un desbarajuste atroz... Nos roban muchas reses. Esto demuestra que usted no vigila lo suficiente.

—Yo hago lo que puedo con la gente que tengo, señor.

—De modo que no puede usted impedir ro-

bos con la gente que tiene, ¿eh? A ver, presentemelos todos. Tengo que conocer a los que pago.

Dominado por la energía con que se expresaba el que decía ser el dueño, el capataz le fué presentado a los vaqueros, a quienes Grant les fué haciendo preguntas relacionadas con las continuas desapariciones de ganado.

Todos aseguraron que los cuatreros eran en mayor número que ellos y contra los cuales se hacía difícil luchar. Y cuando Grant les interrogaba sobre si los cuatreros eran dirigidos por Becker, bajaban la cabeza, murmuraban una excusa, dando al joven la impresión de que conocían realmente de quién se trataba.

Llególe luego el turno a otro de los muchachos, un chico listo y avisado, de alegre expresión.

—¿Cómo te llamas?

—Steve Pickot.

—¿También les tienes miedo a los cuatreros?

—Yo, no. A mí no hay quién me meta miedo, y mucho menos cuatreros.

—Me alegra que lo digas. ¿Tú crees que les podemos coger?

—Si les perseguimos de veras, sí.

—¿Por qué nos roban tanto ganado?

—Pregúnteselo usted a Lóler.

El capataz protestó:

—Yo hice todo lo que...

—Un momento, Lóler; hablo con Steve; ya le llegará su turno.

—Es que Steve me tiene odio y...

—¡Silencio!

Pronto comprendió con fina intuición que Steve era tal vez el único vaquero honrado que había en el rancho.

—Veamos, Steve... Has dicho que si les siguierais de veras. ¿Es que no lo hacéis?

—Yo ya lo haría, pero es que Lóler me manda siempre hacia el lado por donde no entran los vaqueros.

—Porque no sirve para nada más; porque es un inútil — interrumpió el capataz.

—¿De modo que Steve no sirve para nada?

—Para nada.

—Pues si no sirve para nada, ¿por qué lo retiene usted aquí?

—Pues, pues... porque...

—Con eso basta. Lóler, le despido... por tener a un hombre que no sirve.

El capataz le miró furioso. Se daba cuenta de que el nuevo dueño sospechaba de él y advinaba que era cómplice de Becker.

Despechado, aún exclamó:

—No me importa marcharme. Lo hubiera hecho cualquier día. Estaba harto de las órdenes de esa tonta

—Póngale bozal a la lengua, Lóler. Le pude costar caro — protestó, amenazándole con un revólver.

—Cualquiera es guapetón con un revólver en la mano.

—Conque eso es lo que piensa de mí, ¿eh? Pues sin revólver va usted a conocerme bien.

Y entregando el arma a Steve, dijo el capataz:

—En guardia, Lóler, que uno de los dos va a salir volando.

Muerto de rabia, el capataz intentó lanzarse contra él, pero Grant, esquivando su empu-



—Cualquiera es guapetón con un revólver...

je, pronto lo dominó y le propinó una paliza extraordinaria, en la que puso toda la energía de que era capaz, enfurecido al pensar que aquel hombre había abusado indignamente de la confianza de la propietaria.

Al fin lo derribó en tierra, casi sin sentido,

y con gesto triunfador y mirando a los vaqueros, que habían permanecido asustados, les dijo:

—Ahora recojan todas sus cosas... levanten a su amigo... y ahuequen, con excepción de Steve, que se queda conmigo.

—¿Cómo? ¿Nos despieza?

—Y volando. No los necesito para nada. Tan



... le propinó una paliza extraordinaria.

pronto estén listos, váyanse y no vuelvan por aquí.

Enfurecidos, todos se alejaron, maldiciendo a quien les hacía sentir el peso implacable de una autoridad justiciera.

Contento de su obra, pues estaba conven-

cido de que todos los vaqueros contribuían con su complicidad a la desaparición de las reses, y después de que Steve, buen muchacho, una excepción en aquel mundo fuera de la ley, le dió las gracias porque le había conservado en la casa, se dirigió de nuevo hacia el interior de la finca, donde la vieja ama había informado a Helen del propósito del forastero de hacerse pasar por Róllins, aprovechando su semejanza física.

—Es una buena idea. Nadie se dará cuenta de la superchería por el extraño parecido que tiene con mi esposo. ¡Ah, si hubiese sido verdaderamente él! — exclamaba Helen.

—Qué lástima, ¿no?

—Le besé creyendo que era mi marido... y ahora...

—Pero tiene usted un amigo de veras, que se interesa por usted.

—¡Ojalá sea siempre así!

Apareció Grant, quien miró sonriente a Helen.

—Señora, acabo de dictar varias órdenes... Hablé con el ex capataz.

—¿El ex capataz? ¿Cómo? ¿Es que Lóler se ha ido?

—En volandas. Lo he echado yo. Era un mal elemento. Supongo que ello merecerá su aprobación.

—¡Desde luego! Me inspira usted tanta confianza, señor... ¡Oh, se me ha olvidado el nombre!

—Grant.

—Señor Grant. El ama me informa de sus propósitos. Pero no puedo consentir que se sacrifique usted por mí hasta el extremo de hacerse pasar por mi marido.

—Ya es tarde, señora Róllins. Despaché a su gente y por fuerza tengo que quedarme.

—En este caso...

—Supongo que no lo tomará a mal.

—No diga eso.

La doncella daba muestras de gran alegría.

—Yo ya le prepararé un cuarto.

—¡Oh, no! Yo dormiré allá afuera.

—Déjese de tonterías, Grant — le dijo la joven, mirándole con una mirada cariñosa—. Tiene usted que dormir aquí o sospecharán que no es Jim.

—En ese caso, acepto, señora Róllins...

—No... Llámeme Helen...

—Gracias, Helen.

—Y ahora vamos a cenar, "Jim"...

La cena transcurrió agradablemente. En el corazón de los dos jóvenes flotaba como un misterioso anhelo de que aquella farsa hubiese sido verdad. Una verdad muy dulce, una verdad que, desgraciadamente, era muy lejana...

* * *

Al día siguiente Becker se presentó furioso en la hacienda de Róllins. Había sabido el despido del capataz y de sus hombres, gente toda ella que le ayudaba en su plan de apoderarse del ganado ajeno. Y una viva exaltación surgió en su espíritu contra aquel hombre.

Se encaró con Grant y le dijo:

—Has estado insinuando que yo te he robado unas reses... y no permitiré que continúes haciéndolo.

Grant se echó a reír.

—Está bien. Cesaré de insinuarlo... y lo diré a gritos para que todo el mundo sepa que eres un cuatrero.

—¡Miserable!

Acariciaba el revólver como si fuese a disparar contra él, y Grant le indicó:

—¿Quieres acabar de sacar el revólver?

—Hombre a hombre, lo sacaría; pero no contra ti y tu escudero.

—Steve, ¿quiere hacer el favor de alejarse? Ya ves, ya estamos ahora frente a frente. Vamos, Becker, puedes sacar ahora, si quieras, tu revólver.

Becker contestó:

—No soy tonto; al primer disparo tu gente regresaría. Pero día ha de llegar en que te he de dejar seco.

—Pues cuando quieras.

—Antes de lo que te figuras. Si en algo estimas la piel, no vuelvas a mentar mi nombre.

Se alejó refunfuñando, y Grant volvió al encuentro de Steve, que había estado observando, un poco temeroso, lo que sucedía.

—Becker no se ha atrevido a disparar. Cruzarse balazos frante a frente es algo que al parecer no le gusta a Becker.

—Es un traidor a quien agrada matar por la espalda. Mucho cuidado, patrón.

—Nada me ocurrirá.

Cuando Helen se enteró de lo sucedido, le dijo con verdadera gratitud:

—Debería usted tener otros vaqueros leales, además de Steve.

—Espero tenerlos muy pronto. Casualmente acabo de mandar un telegrama a unos amigos míos. ¿Qué le parece la copia?

Y le dió a leer un papel que decía:

Jeff Tenner. Texas. Vente al punto con varios amigos a San Pedro Arizona. Al llegar pregunta por Jim Róllins. Tuyo,

Texas Grant.

—¿Encontraremos al fin gente leal?

—Fiel y heroica. Unos vaqueros que son un verdadero ciclón tejano.

—Falta que nos hacen.

—No tardarán mucho en llegar, se lo aseguro.

En tanto, Becker no perdía el tiempo. Furioso por la intervención del que creía era Jim Róllins, apresuróse a robar mucho ganado, aprovechándose de que no tenía vaqueros contrarios y no había llegado aún nadie que los sustituyera.

Y todos los días eran robadas algunas piezas, y otros, por espíritu de venganza, eran bárbaramente asesinadas.

Grant se exaltaba ante esos continuos robos.

—Eso no durará mucho. Van a venir mis amigos texanos... y entonces pondremos verdadero remedio a todo eso.

Lóler, el antiguo capataz, así como los va-

queridos expulsados del rancho, habían ingresado ya de una manera descarada y oficial bajo las órdenes de Becker. Y menudeaban los atracos y las persecuciones, sin que Grant y Steve, a pesar de que se multiplicaban en todas partes, pudiesen evitar aquellos ataques a la integridad de la propiedad.

El odio que sentían los cuatreros por Grant sólo era comparable al que experimentaban por Steve, aquel vaquero que nunca había querido ayudarles y se había mantenido siempre fiel a sus convicciones.

Un día, al regresar Steve de una de sus exploraciones por las cercanías, vió a dos cuatreros que se disponían a robar unas reses. Al verse descubiertos dispararon sus armas contra él, hiriéndole en un hombro.

Pero Steve no era hombre cobarde, y a su vez disparó, matando a uno de los ladrones y provocando en el otro un pánico tal, que huyó a la desbandada, como si hubiese visto levantarse al propio diablo ante él.

El caballo de Steve, noble y fidelísimo animal, volvió a la hacienda, y ello hizo comprender a Grant que su amigo había sufrido algún percance.

—Alguien ha herido a Steve. Voy a buscarlo. ¡Ah, los miserables!

Como un centauro se dirigió Grant montado en el caballo de Steve hacia el lugar donde yacía éste, herido.

—¡Steve! ¡Steve! —dijo, levantándole cuidadosamente—. ¿Quién te hirió?

—Oliver y Fárvel... Los encontré cuando se iban a apoderar de unas reses. Maté a Oliver.

—¡Lástima que no hubieses matado a los dos! Ven, sube. Vamos a la hacienda.

Con cuidado fraternal lo llevó al rancho y fué luego a advertir al médico, quien le reconoció y diagnosticó que no era grave la herida.

En tanto, el vaquero Fárvel había ido al encuentro de Becker.

—Patrón. Steve nos sorprendió robando... Yo le herí, pero él mató a Oliver.

—Sois unos idiotas. Ir en pleno día a robar ganado...

—Y ahora me van a detener y...

—Me vas a comprometer gravemente. Toma, toma esto y vete de aquí hasta que se aclare la cosa.

Le dió una pequeña cantidad, y el vaquero salió dispuesto a no volver por allí hasta que pasase algún tiempo y la gente olvidara la agresión.

Pero apenas había andado unos pasos se encontró con la figura grave y energética de Grant, quien, revólver en mano, le dijo:

—¡Arriba las manos! ¡Pronto!

Obedeció, temblando.

Le quitó el revólver y el cinturón y le dijo:

—Te voy a entregar al comisario por homicidio frustrado y por cuatrero..

—Esto es mentira. Usted no tiene pruebas contra mí, Róllins.

—Creo que tengo suficientes. De ésta no te escapas. Andando y sin protestar.

Al poco rato ingresaba en la cárcel del lugar, y Becker sufrió un nuevo acceso de indignación al saber que uno de sus hombres había sido arrestado. Pues eso no podía continuar. Habría de hacer algo muy sonado para que se acabase el poder de aquel enemigo que no daba cuartel.

* * *

Grant estaba dispuesto a adoptar toda suerte de medidas contra aquellos hombres alistados en las filas de Becker y cuya profesión no era lo suficientemente legal.

—¿Tú sabes cuántos vagabundos hay en el pueblo o sin medios visibles de sostén? —le dijo a Steve, que mejoraba rápidamente de su herida.

—Unos diez o doce.

—Son pocos.

—Casi todos son secuaces de Becker en sus fechorías.

—Mira, hazme una lista de todos ellos... y dentro de unos días vamos a realizar algo gordo.

Y, en efecto, días después aparecieron en el pueblo grandes pasquines que decían:

“El domingo, a las tres y media, conferencia gratuita sobre el crimen y el poder de la ley, por el comisario del distrito señor Collins. Lugar: Sala municipal. No se admiten excusas. Deben asistir todos.”

Lo insólito de aquella conferencia hizo que

todo el pueblo se congregara a la hora fijada en la Sala municipal, y que a la misma asistieran también todos los secuaces de Becker, aunque éste, por hallarse precisamente ausente de la población, no hubiera podido concursar.

Grant había ido al encuentro de sus amigos texanos que en número de más de una docena acababan de llegar.

Eran gente brava y noble, dispuesta siempre a ayudar a Grant, y en poco tiempo se enteraron de lo que se debía hacer.

—Rondaréis por las cercanías de la Sala municipal hasta que os avise, y luego, sin ninguna consideración, realizáis mis órdenes.

—Descuida. Bien sabes lo contentos que estamos de poder volver a trabajar contigo.

—Los negocios están mal en Texas, y aquí, en cambio, os puedo proporcionar una buena ocupación en casa de la señora Róllins. ¿Os parece bien?

—Encantados.

Se distribuyeron por los alrededores de la casa, y Grant volvió a entrar en la Sala, llena a la sazón de una multitud impaciente.

Lanzó una rápida ojeada y se dió cuenta de que se encontraba allí lo peorquito del pueblo.

Ante la expectación general se dirigió a ocupar la presidencia, en la que ya se hallaban el comisario del distrito y Steve.

El comisario había sido previamente alegacionado por Grant sobre lo que debía hacer, y

estaba de perfecto acuerdo con éste a fin de que cesase aquel lamentable estado de cosas.

Grant, sonriente, dijo al ver ya reunido a todo el mundo:

—Debo pronunciar primero unas cuantas palabras. Existe aquí un elemento borrascoso que daña la reputación del pueblo.

—Déjese de discursos y al grano — murmuró uno de los cuatreros.

—A eso voy, Renrel; tengo aquí una lista de ociosos y tú estás casi a la cabeza. El señor comisario se servirá leer. Será su mejor conferencia.

Y el aludido dió lectura de hasta una docena de nombres, entre los que se contaban Lóler y los antiguos vaqueros de Helen.

El asombro de los concurrentes era extraordinario. ¿Qué se proponía aquel hombre con tal relación?

Pronto salieron de dudas. Grant se encargó de explicarles:

—Los que están en esta lista son gente que no trabaja apenas y, sin embargo, tienen mucho dinero y viven bien. Sin duda es un dinero mal adquirido. Por eso el pueblo quiere que se marchen. Todos los nombrados van a salir inmediatamente como elementos perturbadores del pueblo.

—¿Y si no nos da la gana? — protestó Lóler.

—Ya les haremos venir ganas. Eso no les preocupe.

—¡Tonterías! — siguió diciendo el antiguo

capataz. — Dejadle hablar, y vámonos a la cantina, para no morirnos de risa.

—¡Nadie se mueva de su sitio! ¡Silencio todo el mundo!

La puerta se abrió en aquel momento y aparecieron los amigos tejanos, imponentes y rudos, que, como un ciclón, parecían ir a arrollarlo todo.



—¡Nadie se mueva de su sitio!

La presencia de todos aquellos individuos bien armados y con no muy buenas intenciones, empavoreció a Lóler y a su gente, quienes ya no tuvieron deseos de marchar.

Pero Lóler aún dijo, agresivo:

—Usted se atreve, Róllins, a hacer eso, porque Becker está ausente.

—Cuando venga haré lo mismo con él. Y nada más. Los que el comisario ha nombrado, que bajen por el pasillo y entreguen el revólver. ¡Y aprisa y sin replicar!

Refunfuñando, los hombres entregaron sus armas, preguntándose atemorizados qué iban a hacer con ellos.

—El comisario y la escolta de mis hombres tejanos les conducirán a cuatro leguas del pueblo. No vuelvan más, porque al primero que regrese le incrustaré cuatro tiritos en la cabeza. ¿Estamos, señores?

Y aquellos elementos indeseables, desarmados ya, que habían sido un grave peligro para la integridad de las propiedades de todos, fueron confinados...

El grupo iba a pie, rodeado por el comisario y por la escolta de tejanos que, montados a caballo, vigilaban que ninguno pudiera escapar.

¡Cómo maldecía el grupo de deportados a Róllins!

Iban furiosos, pero sin ánimos para rebelarse contra sus guardianes. Aquella gente de Texas era un verdadero ciclón. Si intentaban el menor movimiento, no dejarían uno vivo. En sus ojos se adivinaba la firmeza implacable de los que saben matar y morir.

* * *

De pronto, y ya muy cerca del lugar donde debían ser libertados, vieron avanzar a caba-

llo a Becker, quien se sorprendió enormemente ante el inesperado espectáculo.

—¿Qué es lo que pasa aquí?

El comisario sonrió.

—Su familia, que cambia de clima buscando mejores aires

—Apuesto a que Róllins metió mano en esto.

—Es verdad, Becker—dijo Lóler.

Y le contó suscintamente lo ocurrido.

—Lo que yo pensaba... Pero no os aflijáis, muchachos, que pronto regresaréis a contar lo que yo sé de Róllins.

Y animándoles con extraño gesto, partió de nuevo a caballo en dirección al pueblo.

No tardó en encontrarse con Grant, que, satisfecho, paseaba tranquilamente por la calle principal de la villa.

—¡Becker! ¡Lástima que no hubieses estado en la conferencia!

—Me hubieras hecho sufrir la misma suerte que a mis amigos, ¿verdad?

—Quizás.

—Muy bien... magnífico... Esto hacen los hombres honrados.

—Aunque creas lo contrario.

Se había acercado gente, y Becker lanzó una acusación implacable.

—Pues si tú eres tan honrado, ¿por qué andas con nombre supuesto?

—Yo?

—Sí, tú, señor Texas Grant. Me he enterado de ello... En Texas supieron darme razón.

Sonrió sin inmutarse el joven, y al cabo de unos momentos dijo:

—Bueno, ¿y qué? Suponte que soy Texas Grant.

—Lo confiesas, ¿eh? Ante Helen te haces pasar por su marido. Muy bonito... muy interesante. Oyeme bien... Estamos ya hartos de ti y de tus texanos. En este pueblo no cabemos los dos

—Pues márchate, Becker.

—Yo me quedo. Veremos quién ha de marcharse.

—¿Me provocas?

—Es mi último aviso... Los dos no cabemos aquí, vuelvo a decirte. Si quieres un desafío conmigo, lo acepto. A las cuatro en punto te espero en mi casa. Estaré solo; y si eres hombre irás también a buscarme solo. Así dirimiremos las cosas.

—No faltaré.

Marchó el cuatrero, y Röllins se dispuso a ir a aquella cita con la muerte. Steve quería disuadirlo.

—Becker es un traidor. Déjeme que acompañe a usted.

—De ninguna manera. Iré solo a su rancho. Me las ha de pagar ese miserable. Há insultado a Helen y se verá conmigo.

Y a la hora convenida Röllins se dirigió a la casa de Becker, donde éste se hallaba en compañía de un amigote suyo que había podido librarse de la orden de confinamiento.

Le daba instrucciones para que, cuando apareciese Grant, disparase a mansalva contra él.

—Merece eso y mucho más. Que no te temble el pulso.

—Descuide usted, jefe.

—Es un impostor. He sabido que no es Röllins, sino Texas Grant... y quiero castigarle.

A las cuatro en punto llegó ante la finca Grant.

A alguna distancia le seguían Steve y los hombres texanos, temerosos todos de que algo le ocurriera al entrañable amigo.

Avanzó Röllins y vió aparecer a Becker. Ambos hombres se miraron con extraña cólera, prontos a disparar. Pero antes de que ninguno pudiera hacerlo, el otro bandido disparó contra Grant, hiriéndole en la cabeza.

Al sentirse herido a traición, Grant tiró a su vez contra el traidor y le tumbó para siempre.

Furioso, Becker quiso atacarle, pero Grant le contuvo con su revólver hasta la llegada de sus amigos texanos que rodearon al miserable y le obligaron a rendirse.

Desangrándose por la grave herida, Grant cayó al suelo... y corrieron a auxiliarle, temerosos de que ya no hubiera nada que hacer.

Por fortuna, al cabo de unos días la herida tomó un carácter de franca convalecencia.

Durante los primeros días todos había sido confuso para Grant, a causa de la altísima fiebre que le había dominado. Por fin, ya en plena lucidez, vió a Helen junto a él y recordó

aquella imagen de mujer que le había estado cuidando constantemente.

—El médico dice que podrás levantarte mañana. Has sido paciente. La lucha ha sido larga, pero, gracias a Dios, ya estás bien, Jim—le dijo la dulce voz de ella.

Al oírse llamar aquel nombre, al ver la sonrisa delicada de la mujer, al notar que ella le



... hasta la llegada de sus amigos tejanos...

besaba con íntima confianza, creyó delirar aún.

—¡Pero, Dios mío, Helen! ¿Es verdad? ¿Quién soy yo entonces? Jim Róllins, ¿verdad? ¡Jim Róllins!... Texas Grant, no. Pero ¿cómo puede ser esto?

Una bella sonrisa iluminó las facciones de ella.

—Oyeme bien, Jim. Estuviste delirando varios días; hablaste mucho y así lo supimos todo. Hace cinco años que Becker te golpeó en la cabeza... te echó en un tren de carga.. Luego te pudiste salvar y te estableciste en Texas, según nos ha dicho uno de tus hombres. Pero habías perdido la memoria e ignorabas tu antigua personalidad.

—Es verdad... Es verdad...

El tiro te devolvió la memoria...

—¡Sí, sí! ¡Qué alegría! Ahora me doy cuenta de todo. Soy Róllins, el propio Róllins... Pero ¿y Becker?

—Está ya en la prisión central. Le condenarán a muerte.

—Ya no nos molestará más.... Seremos libres. ¡Oh, Helen, qué felices somos!

Se oyeron voces.

—Son tus tejanos, que quieren verte — exclamó la esposa—. El pueblo entero desea agasajarte, pero yo te quiero para mí sola...

—Helen mía, qué afortunado soy... ahora que me doy cuenta de todo. Lo tengo todo. El hogar otra vez, y tú.

Y la besó cariñosamente, mientras afuera se oían los gritos de los hombres, que querían aclamar al que era su jefe indiscutible.

F I N

Distribución en España: Sociedad General

Española de Librería.—Barbará: 16, Barcelona

Acaban de aparecer, en las selectas Ediciones Especiales de La Novela Semanal Cinematográfica, con éxito sin precedentes:

Besos al pasar

por Norma Shearer, Robert Montgomery

El mayor amor

por Dickie Moore, Betty Graam, etc.

El expreso fantasma

por William Collier Jr., Sally Blane, etc.

Al despertar

por Ramón Novarro, Helen Chandler, etc.

El robo de la Monna Lisa

(LA GIOCONDA)

por Willy Forst, Trude von Molo, etc.

La edad de amar

Billie Dove, Charles Starrett, Lois Wilson, Mary Duncan, etc.

— y —

S A L V A D A

por Joan Crawford, Neil Hamilton, Clark Gable, Marjorie Rambeau, etc.

¡Ediciones Bistagne publica
siempre lo mejor entre lo mejor!
¡No se deje sorprender!

Exija siempre

Ediciones Bistagne

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

Ediciones BISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis

Teléfono 18551 - BARCELONA
